

# José Joaquín Fernández de Lizardi: Nuevos lentes para leer sus obras

---

Nancy Vogeley



El propósito de esta disertación es insistir en la necesidad de reevaluar la figura de José Joaquín Fernández de Lizardi, habitualmente mencionado como ícono en la historia de la literatura de México por ser considerado el padre de la novela mexicana, y reconocido también universalmente como el primer novelista en Hispanoamérica. Sin embargo, estamos convencidos de que es posible ir mucho más allá de estas clasificaciones para explorar su corpus literario de manera integral y así destacar su valor para autodenominarse como el Pensador Mexicano. Es cierto que innovó en el género de la novela, pero también, en otros de sus escritos, ajustó su metodología literaria, sintiéndose libre para atacar más directamente problemas del México de su época.

Aquí queremos ofrecer tres posibilidades de investigación en esa campaña de rescate integral de su obra: En primer lugar, la posibilidad de que sigan apareciendo en diversos archivos y bibliotecas del mundo escritos o papeles suyos desconocidos hasta ahora. Evidencia de esto es el descubrimiento que hicimos de un manuscrito de sus poesías, catalogado, pero ignorado, en la Biblioteca Bancroft de la Universidad de California en Berkeley.[1] A este hallazgo se suma el que hemos hecho más recientemente, al dar a conocer la documentación relativa a la controversia entre Fernández de Lizardi y el impresor Alejandro Valdés, descubierta por Linda Arnold en el Archivo General de la Nación de México (AGN), y estudiada por Isabel Terán y quien esto escribe, publicada en la revista *Legajos*. [2] Ambos documentos sugieren que no es posible concluir por ahora que se haya descubierto aún la totalidad de su obra, como tampoco la de otros escritores de su época.

En segundo lugar creemos que urge examinar de nuevo cómo se ha formado la reputación de Fernández de Lizardi.[3] A lo largo del siglo XIX gozó de fama, sobre todo entre el pueblo. Él, los títulos de sus libros y los personajes que creó tuvieron gran acogida. Sin embargo, a comienzos del siglo XX hubo un reajuste en la valoración de su arte, sobre todo por los miembros del Ateneo de la Juventud. Ellos –Alfonso Reyes, Carlos González Peña y Mariano Azuela, lo juzgaron un autor "popular", argumentando que su arte era tosco como la artesanía de los pueblos indígenas. En este nuevo enfoque sobre su reputación también tuvieron que ver las definiciones de "la literatura" que prevalecieron en el siglo XX. Hoy su talento novelístico, la seriedad de su pensamiento expresado en sus folletos y sus periódicos, apenas es recordado. Los pedagogos consideran a *El Periquillo Sarniento* como una historia cómica para la enseñanza de los niños, y los historiadores citan la novela cuando necesitan evidencia para sus conocimientos sobre la época; pero después de estas lecturas fáciles su obra es olvidada.

En tercer lugar, en la colección manuscrita de poesías que rescatamos, dedicada a Francisco Javier de la Peña, es posible identificar que además de la amistad que compartieron, los unía la preocupación por el problema de la religión en la transición del virreinato novohispano a la nación mexicana. Esta cuestión, central en el proceso de la descolonización, afectó cambios en la conducta del individuo y en los lazos que conectaban la colectividad con las fuentes de autoridad tradicionales.

Antes de hablar sobre este manuscrito y su importancia, quisiéramos dedicar unas líneas a explicar cómo fue que lo descubrimos y las vicisitudes para su edición: Durante más de veinte años tuvimos una copia de él en formato de micropelícula en nuestra oficina en la Universidad de San Francisco. La habíamos solicitado junto con otros materiales, en la Biblioteca Bancroft, cuando recabábamos material para la tesis doctoral, pero otras ocupaciones académicas nos llevaron a posponer su revisión. Así es que muchos años después nos llevamos una gran sorpresa al reconocer su valor. Al principio nadie quería publicarlo –ni la Biblioteca Bancroft ni la UNAM-, por lo que agradecemos la buena fortuna de su edición a la intervención del destacado investigador Luis Mario Schneider. Sucedió así: habiendo viajado a la ciudad de Guadalajara para consultar en la sección de Libros Raros de la Biblioteca Municipal la existencia de obras de Fernández de Lizardi, el bibliotecario nos señaló el catálogo, y al ir a consultarlo nos abordó un hombre que nos inquirió sobre nuestro interés por ese autor. Cuando le contamos que nuestra tesis doctoral estaba dedicada a él, se presentó como Luis Mario Schneider, uno de los editores del primer volumen de las obras completas de Lizardi, dedicado a la colección de sus poesías. Fue así cómo le informamos de nuestro desconocido manuscrito, redactado de la propia mano del autor, pero que nadie aceptaba publicar. Él se ofreció a editarlo en el Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM, lo cual se concretó en el año de 2003.

Ahora bien, las poesías del manuscrito tal vez parezcan poco artísticas y burdas, pues no aspiran al mismo nivel estético que las de un contemporáneo, fray José Manuel Martínez de Navarrete, pero la colección –un obsequio personal al receptor de la dedicatoria, pero también un conjunto de poesías desconocidas y otras desaparecidas por haber sido retiradas de circulación por la censura-- revela muchas cosas. En la colección aparecen temas sexuales con un vocabulario que podría haber ofendido a un público con sensibilidad delicada, poco acostumbrado a versos que sorprenden por su franqueza. Aquí cabe preguntarse por qué Lizardi decidió desviarse de la aceptada decencia de otras de sus obras, introduciendo en la colección un material temático y lingüístico más bien asociado con las clases bajas. Muy sugestiva resulta una larga nota en prosa en la que expone sus opiniones sobre la sátira. Ella es clave para entender no solamente la razón del tono de las poesías de esta colección, sino también el papel que Lizardi le otorgaba a la sátira en mucho de su producción literaria. Para él, la sátira que ridiculizaba los vicios contenía más verdades que las de las poesías panegíricas, que la tradición del buen gusto comúnmente permitía. En su opinión, la burla, que enfatizaba la cruenta realidad de la sociedad de su época, era más apropiada para denunciar las injusticias que las bellas y pastoriles escenas de la poesía de Navarrete. Justificando así este tipo de poesía según un criterio moral, Lizardi llama atención sobre la estrechez de las categorías escriturarias disponibles para los escritores de su generación.

Durante los años de los controles coloniales, los escritores trabajaban según rígidas expectativas; la sátira funcionaba entonces como una táctica descolonizadora. Algunos de los poemas de la colección parecen haber formado parte de una antología perdida que Luis González Obregón había identificado, los *Diálogos críticos sobre diferentes asuntos*, publicada en 1811 por doña María Fernández de Jáuregui. En ese periodo, entre 1811 y 1813, la guerra afectó mucho a la Ciudad de México y el virrey censuraba la producción de las

prensas. Así es que se puede aventurar la idea de que, por medio del manuscrito pasado a un amigo, Lizardi preservó algunos de los poemas de esa colección.

Escrita del puño y letra de Lizardi, la colección abre muchas preguntas. Fechado en 1822, justo durante el periodo de dos años en que el autor fue excomulgado, el manuscrito sugiere la circulación de mano en mano de escritos a espaldas de la Inquisición. La prensa era un campo de batalla donde los escritores tenían que autocensurarse cuando se atrevían a lanzar al público sus opiniones. Ellos tenían que medir sus palabras pensando en los jueces eclesiásticos y en la censura inquisitorial, pero también en los ataques de los críticos. Muchas veces críticos y escritores se enzarzaban en controversias a través de las publicaciones periódicas y folletos, que se derivaban de rencores personales. Lizardi tenía amigos, pero también enemigos, así es que probablemente lo más prudente fue apartar de los ojos de sus enemigos poemas en los que trataba temas como uniones sexuales entre las razas, leyes morales predicadas pero no practicadas, y estafas de los nuevos comerciantes poderosos.

Antes de pasar al siguiente asunto quisiéramos señalar como ejemplo de las posibilidades de investigaciones futuras sobre la obra de Lizardi, el misterio que rodea la segunda edición de *El Periquillo Sarniento*, de la cual descubrimos un ejemplar en un sobre abandonado en la Biblioteca Sutro.[4] Parece que no han sobrevivido otros volúmenes de esta edición. Adolph Sutro, ingeniero de minas en los EEUU, compró el almacén de Luis Abadiano, heredero del impresor Alejandro Valdés, al final del siglo XIX, y se supone que este ejemplar formaba parte de la compra. Pero, ¿por qué no había más volúmenes en el almacén? ¿se destruyeron? ¿por qué publicó Mariano Ontiveros el primer tomo de la novela (289 páginas) en 1825, con dedicatoria a Guadalupe Victoria, pero suspendió la edición cuando se lee que había cuatro páginas de nombres de suscriptores? La portada de la segunda edición dice que tiene "correcciones y adiciones" ¿cuáles serían? Todo lo relacionado con esta segunda edición es un misterio para resolver. María Rosa Palazón, la persona que más sabe acerca de Lizardi, hasta ahora tampoco tiene una explicación.

Volviendo a la cuestión de la reputación literaria de Lizardi y su clasificación como novelista, creemos que ha sido demasiado fácil asignarle el título de primer novelista en Latinoamérica y reconocer sus novelas sólo por su documentación histórica. Esta clasificación y estas lecturas sesgadas nos desvían de una investigación más profunda acerca de su importancia. *El Periquillo Sarniento*, su novela más conocida, se presta a una lectura superficial por su dimensión cómica; durante mucho tiempo se ha leído en escuelas elementales e intermedias en ediciones juveniles como una lección de las consecuencias de una vida entregada al vicio. Además, la preservación de *El Periquillo Sarniento* como una reliquia, como el primer paso en el camino hacia los novelistas del nacionalismo mexicano y de la creciente mitología latinoamericana, hace que no tengamos que leerlo,[5] y sus otras novelas, su folletería, su periodismo, prácticamente han desaparecido de la consideración de lectores serios. Por otro lado, estas otras categorías de sus obras no corresponden a géneros literarios acreditados, de modo que no cuentan en los catálogos de las bibliotecas.

Por otra parte pensamos que el concepto estético de "la literatura", heredado de Europa ha contribuido mucho al olvido de su producción, sobre todo la corriente literaria del realismo, de moda en Europa en el siglo XIX, que popularmente buscaba la fidelidad de la fotografía en el arte visual, ha dado a entender que el novelista debiera presentar su material sin manipularlo ni interferir con la transmisión al lector. La aplicación de este criterio posteriormente a la novelística de Lizardi ha malentendido enormemente la intención de su temática y su estilo. Críticos de fines del siglo XIX preferían las novelas sociales de Arcadio Zentella Priego, Manuel Sánchez Mármol, José López Portillo, Heriberto Frías y Federico Gamboa, pensando que ellos retraban sus

escenas rurales fielmente y que Lizardi intervenía demasiado en la presentación de los tipos en sus novelas situadas en las ciudades.[6] Esos críticos todavía veían sus novelas según la tradición picaresca, lo cual hacía que, una vez ubicadas en un nicho familiarizado, no merecían más atención; pero por supuesto que no tenemos que convencer a nadie de que de que en el mundo de la literatura hay que ver más allá de la superficie de la ficción para leer en los retratos de sus personajes, sus diálogos, sus peripecias las autenticidades que Lizardi y sus contemporáneos enfrentaban.

Es un alivio ver cómo el concepto de "la literatura" hoy en día se está estirando para incluir otros géneros. Así se puede considerar y reevaluar la folletería y periodismo de Lizardi. En el caso de escritores hispanoamericanos de su generación, caben ahora en esta extendida categoría los discursos de Simón Bolívar, los ensayos de Andrés Bello, los sermones y las cartas de Fray Servando Teresa de Mier. Igual que en la historia temprana de los Estados Unidos, cuando no había un público lector suficiente para demandar literatura de entretenimiento, y los escritores públicos usaban el medio del periodismo barato para influenciar a la ciudadanía, México recurría a sus periodistas para expresar opiniones e ideas. Los historiadores de la literatura mexicana sí han recordado a escritores como Manuel Gorostiza y José María Heredia, quienes se conformaban con definiciones antiguas de "la literatura", pero en cambio ha habido una tendencia a pasar por alto o rápidamente por esos nombres considerándolos imitadores de modas anticuadas. Descuenta la argumentación política de periodistas como Pablo Villavicencio y Rafael Dávila, considerándola efímera y poco meritoria literariamente.

En contraste, la memoria de Lizardi sobrevivió vigorosamente al nivel del pueblo. Recuérdense si no las muchas ediciones de *El Periquillo Sarniento* publicadas a lo largo del siglo y comienzos del siglo XX; los calendarios que evocan su figura como "El Pensador Mexicano" y otras de sus obras (siete en 1865 y 1866); un periódico de 1879 llamado "La sombra de Lizardi", y una novela publicada por "Un Devoto del Pensador Mexicano" entre 1895 y 1896, titulada *Perucho, nieto de Periquillo*. [7]

Ignacio Altamirano llamó a Lizardi "un apóstol del pueblo", una frase que puede ser favorable pero también una condena. José Guadalupe Posada adelantó la conexión de Lizardi con el pueblo cuando en sus hojas volantes retrató a figuras de sus novelas, el catrín, por ejemplo. Y es útil recordar en este momento la crítica de Mariano Azuela quien encontró las novelas de Lizardi técnicamente deficientes, tediosas y difíciles de leer, las cuales comparó con el arte tosco del pueblo. Pero la observación de Azuela, aunque ayudó a empujar la reputación de Lizardi a las sombras, encierra ciertas verdades que nos ayudan a reevaluar su contribución a la literatura mexicana. Podemos ver, por ejemplo, en la alfarería de Ocumicho, cómo esos alfareros preservan en su cerámica mucho de la mitología religiosa y nacional que el arte de la élite supuestamente ha dejado atrás.[8] Como ejemplo de ello mencionamos una artesanía de Ocumicho comprada en San Francisco hace ya unos veinte años: se trata de un barco con los doce franciscanos y Quetzalcoátl a bordo, llegando a México. Trasladando esta imagen a nuestro asunto, Lizardi y sus creaciones literarias continuaron expresando actitudes que los libros de las élites ya no consideraban.

Regresando a la figura de Francisco Javier de la Peña y a la relación entre él y Lizardi que se lee en sus escritos respectivos, es evidente que los dos concordaban en su reconocimiento de la necesidad de desentrañar la religión de la herencia colonial. Como explicamos en la introducción a nuestra edición de la colección de poesías, al parecer los unía una amistad basada, en parte, en ideas compartidas. Descubrimos en la Biblioteca de la Universidad de Texas en Austin una carta que Peña le escribió a Lizardi desde Puebla, donde éste tenía conexiones familiares. En ella Peña le presenta a fray Servando Teresa de Mier cuando éste llegara a la capital.

Sólo podemos aventurar hipótesis de las posibles conexiones entre los tres: ¿vínculos entre escritores?  
¿participantes en asociaciones masónicas?

En la obra de Peña se repiten algunos de los temas abordados por Lizardi; esto nos permite apreciar mejor la profundidad y amplitud del pensamiento de El Pensador Mexicano, revelado no sólo en sus novelas (sobre todo en *Don Catrín*) sino también en su periodismo y su folletería. En nuestra edición de sus poesías, ofrecemos un perfil de Peña hasta el punto en que fue posible descubrir detalles de su vida. Era periodista, también de Puebla como la familia de Lizardi, y más joven que él. En un folleto de Peña de 1842, "Defensa de los bienes eclesiásticos", se lee su lealtad a la Iglesia y su aprecio por lo mucho que teólogos como Las Casas, los misioneros y otros religiosos como los jesuitas dieron a México:[9] "La religión, la humanidad, las artes y las ciencias les son deudoras". Peña recuerda que Hidalgo y Morelos eran párrocos, y contesta a los que quieren que el gobierno nacional se apodere de los bienes de la Iglesia en México que la pobreza de la nación no se debe a la Iglesia sino al despilfarro de las élites. Las acusaciones de ocio e improductividad del clero, de la despoblación debido a su celibato, etc., no cuentan cuando se consideran el lujo y el desenfreno de las clases altas. La moda que se multiplica manda que las élites consuman. El comercio libre, tan elogiado, ha destruido la industria textil en México favoreciendo la importación británica; y Peña dice que en el futuro "México no será más de agricultor y minero, y no todos pueden empuñar arado y barretas".[10]

Recordemos que Lizardi, en su periódico *El Pensador Mexicano* publicado entre 1812 y 1814, tuvo su primera oportunidad de hablar de la relación entre España y sus colonias americanas. En esta discusión los conceptos del gobierno y de la autoridad merecen una nueva relectura por su honradez y penetración. En una amplia sección de este periódico titulada "Apología compendiosa de nuestra sagrada religión y de la dignidad del estado eclesiástico", publicada entre noviembre y diciembre de 1813 (a la cual Peña se refiere en su folleto), Lizardi ataca la cuestión de "el trono y el altar", es decir, la relación entre las autoridades civiles y religiosas en el México de aquel entonces. Lizardi discute el punto de Peña -acerca de tomar posesión de los bienes de la Iglesia, pensando que sus posesiones están en "manos muertas"-, de que por el celibato el clero es improductivo, afirmando que se trata de quejas injustificadas cuando se considera las muchas ventajas que la institución y la fe que enseña traen a la nación.[11]

Lizardi, claro, analiza este argumento en términos de su perspectiva de 1812, la amenaza de Napoleón a Madrid y a Roma, y el constitucionalismo de las Cortes de Cádiz, mientras Peña lo ve desde 1842, años después de la ruptura con España. Lizardi, sí, es tímido en sus extensos y respetuosos elogios de la religión en 1812; sólo introduce la crítica de la Iglesia en sus periódicos de 1826 y 1827, cuando reseña la historia de los papas, ataca al Vaticano y discute temas sacados de su lectura de los librepensadores franceses. Recordemos que en su "Testamento" de 1827 afirma: "Dejo a mi patria independiente de España y de toda testa coronada, menos de Roma".[12]

¿Para qué, entonces, toda esta discusión sobre Francisco Javier de la Peña? Aparte de figurar en el manuscrito de poesías de Lizardi, este escritor insignificante trae a nuestros ojos la continuación en México del dilema de la modernización: por un lado, aceptar totalmente el materialismo y el secularismo que otras partes del mundo más avanzadas parecían representar, o por otro, tratar de rescatar de la herencia de la Colonia los valores espirituales e ideales morales enseñados en el pasado por España y la fe católica. La presencia de los Estados Unidos, de Inglaterra y de Francia se sentía cada vez más en México, amenazando sobre todo las convicciones de la élite gobernante.[13]

El pueblo seguía recordando de varias formas a Lizardi; incluso el autor anónimo de *Perucho, nieto del Periquillo* entendió la aplicabilidad del dilema que Lizardi señaló acerca de la influencia en el país de las ideas foráneas, al dramatizar en su novela cómo las atracciones de Maximiliano y Carlota dividieron la población. Las élites prefirieron abrazar todo lo nuevo importado, negando el sustrato indio y el pasado español. El pueblo preservó en su oralidad y en las formas pictográficas que compraba (las hojas volantes) una memoria opuesta. Lizardi ilustra hoy esta división entre las clases. Pero creo que podemos, y debemos, volver al conjunto de sus obras para apreciar la penetración y la aplicabilidad de su pensamiento.

Finalmente una reflexión muy personal: en México se han adelantado mucho en comparación con otros países en lo que se refiere a cuestiones de producción literaria y de recepción. Lo que se considera la sociología de la literatura, y que sus críticos en otros países excluyen de criterios artísticos, aquí se considera esencial. Estamos convencidos de que "la literatura" es parte de la política, parte de la infraestructura económica, parte de la masividad comunicativa que forma la autoconciencia de una nación, y así, su significación es digna de una recalibración.

Un reconocimiento especial merece la extraordinaria labor del equipo de la UNAM, dirigido por nuestra amiga y colega María Rosa Palazón Mayoral, por el esfuerzo de editar la obra completa de Fernández de Lizardi-- una fuente de primer orden para todos los estudiosos de este autor y de la época en la que vivió.

---

[1]Vogele, Nancy, *Un manuscrito inédito de poesías de José Joaquín Fernández de Lizardi, Estudio de la literatura en manuscrito en el México de la Independencia*, México-Berkeley, CA, UNAM/The Bancroft Library, University of California, 2003.

[2]"Las vicisitudes editoriales de *La Quijotita y su prima*", *México, Legajos, AGN*, 7ª. época, año 5, número 18, octubre-diciembre, 2013, pp. 135-194.

[3]Documentamos la historia de su reputación en nuestro estudio: *Lizardi and the Birth of the Novel in Spanish America*, Gainesville, FL, University Press of Florida, 2001; y en nuestra introducción a la traducción al inglés de la novela, *The Mangy Parrot, The Life and Times of Periquillo Sarmiento, Written by Himself for His Children*, traducción de David Frye, Indianapolis, Cambridge, Hackett Publishing Co., 2004.

[4]El original está en la colección de materiales raros de la California State Library System en Sacramento, California. Descubrí la segunda edición en la Sutro en el momento en que Felipe Reyes Palacios preparaba su valiosísima edición del *Periquillo* para las Obras completas (Tomos VIII y IX) editadas por la UNAM; pero su trabajo estaba demasiado adelantado para considerar esta edición en su análisis.

[5]Evidencia de esto es la observación de Emanuel Carballo en una entrevista en que discute el papel casi invisible que hace la literatura nacional en la conciencia mexicana en la actualidad. Luciano Concheiro y Ana Sofía Rodríguez (eds.), *El intelectual mexicano: Una especie en extinción*, ed. México, Taurus, 2015, p. 25: "En México es olvidado hasta Fernández de Lizardi, que es el creador de la literatura mexicana".

[6]Véase nuestra discusión sobre este tema en la introducción a la traducción de la obra al inglés, en *op. cit.*

[7]Véase nuestro estudio, "Intertextuality and Nineteenth-Century Nationalism: *Perucho: Nieto de Periquillo*", en *Bulletin of Hispanic Studies* 71 (1994), 485-497.

[8]Para un estudio de esta cerámica, véase *Ocumicho, Arrebato de encuentro*, proyecto de Iturbe Argüelles, Mercedes, México, Consejo Nacional para la Cultura y Las Artes Instituto Nacional de Bellas Artes, 1993.

[9]México, Imprenta de J. M. Lara, 1842, 30 pp.

[10].*Idem*, p. 23.

[11]Véase Fernández de Lizardi, José Joaquín, *Obras*. Tomo III, *Periódicos, El Pensador Mexicano*, Recopilación, edición y notas de María Rosa Palazón y Jacobo Chencinsky, Presentación de Jacobo Chencinsky, México, UNAM, 1968, pp. 219-251.

[12]Véase Fernández de Lizardi, José Joaquín, *Obras. Tomo XIII, Folletos (1824-1827)*, Recopilación, edición, notas e índices de María Rosa Palazón Mayoral e Irma Isabel Fernández Arias, Prólogo de María Rosa Palazón Mayoral, México, UNAM, 1995, pp. 1037-1053.

[13]La evidencia de esta influencia puede verse en nuestro estudio: *The Bookrunner: A History of Inter-American Relations – Print, Politics, and Commerce in the United States and Mexico, 1800-1830*, Philadelphia, PA, American Philosophical Society, 2011.

## Bibliografía

- Carballo, Emmanuel, "En México es olvidado hasta Fernández de Lizardi, que es el creador de la literatura mexicana", Concheiro, Luciano y Ana Sofía Rodríguez (eds.), *El intelectual mexicano: Una especie en extinción*, ed. México, Taurus, 2015.
- Fernández de Lizardi, José Joaquín, *Obras*. Tomo III, *Periódicos, El Pensador Mexicano*, Recopilación, edición y notas de María Rosa Palazón y Jacobo Chencinsky, Presentación de Jacobo Chencinsky, México, UNAM, 1968, pp. 219-251.
- \_\_\_\_\_, *Obras. Tomo XIII, Folletos (1824-1827)*, Recopilación, edición, notas e índices de María Rosa Palazón Mayoral e Irma Isabel Fernández Arias, Prólogo de María Rosa Palazón Mayoral, México, UNAM, 1995, pp. 1037-1053.
- Iturbe Argüelles, Mercedes, *Ocumicho, Arrebató del encuentro*, México, Consejo Nacional para la Cultura y Las Artes Instituto Nacional de Bellas Artes, 1993.
- Peña, Francisco Javier de la, "Defensa de los bienes eclesiásticos", México, Imprenta de J. M. Lara, 1842, 30 pp.
  
- Vogeley, Nancy, Introducción a *The Mangy Parrot, The Life and Times of Periquillo Sarniento, Written by Himself for His Children*, traducción de David Frye, Indianapolis, Cambridge, Hackett Publishing Co., 2004.
- \_\_\_\_\_, "Intertextuality and Nineteenth-Century Nationalism: *Perucho: Nieto de Periquillo*", en *Bulletin of Hispanic Studies* 71 (1994), 485-497.
- \_\_\_\_\_, "Las vicisitudes editoriales de *La Quijotita y su prima*", México, *Legajos, AGN*, 7ª. época, año 5, número 18, octubre-diciembre, 2013, pp. 135-194.
- \_\_\_\_\_, *Lizardi and the Birth of the Novel in Spanish America*, Gainesville, FL, University Press of Florida, 2001.
- \_\_\_\_\_, *The Bookrunner: A History of Inter-American Relations – Print, Politics, and Commerce in the United States and Mexico, 1800-1830*, Philadelphia, PA, American Philosophical Society, 2011.

\_\_\_\_\_, *Un manuscrito inédito de poesías de José Joaquín Fernández de Lizardi, Estudio de la literatura en manuscrito en el México de la Independencia*, México-Berkeley, CA, UNAM/The Bancroft Library, University of California, 2003.